THE HORUS HERESY®

VIRTUES OF THE SONS

Andy Smillie

Azkaellon and Amit, duellists without peer, must earn the right to compete in the vaunted Tempest of Angels



LA HEREJÍA DE HORUS

LAS VIRTUDES DE LOS HIJOS

ANDY SMILLIE

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

SANGUINIUS	Primarca de los Ángeles Sangrientos

La Legión de los Ángeles Sangrientos

AZKAELLON	Comandante de la Guardia Sanguinaria
AMIT	Capitán de la 5ª compañía de los Ángeles Sangrientos

Marines Espaciales Rivales

KHÂRN	Capitán de 8ª compañía y Palafrenero de los Devoradores de Mundos
LUCIUS	Capitán de la 13ª compañía de los Hijos del Emperador

—Somos unos pésimos padres —digo a la espalda blindada de Horus.

La atención de mi hermano está, como siempre, dividida, partida entre los roles gemelos de primarca de su legión y comandante. Sigue en pie en la cabecera de esta sala de guerra temporal, sus ojos clavados en el amplio hololito que domina la pared.

—¿Y eso? —pregunta sin girarse.

—El deber de un padre es educar a sus hijos, guiarlos por el mejor camino.

Entonces es cuando Horus se gira. Es la primera vez que veo su cara en los últimos meses. Su frente parece más pesada, sus ojos más estrechos bajo el peso de una carga que mis palabras no ayudan a aligerar.

—Mira lo que nuestras legiones han logrado —dice, señalando al hololito.

En este momento es el padre orgulloso, ensalzando a sus hijos. En la imagen se despliegan los detalles de un millar de batallas. El tapiz de información estratégica y datos estadísticos nos revela la potencia imparable de nuestros hijos: están conquistando mundos incluso enfrentados a una oposición abrumadora.

—Sin nuestro liderazgo habrían conseguido mucho menos.

Vuelve a ser el comandante. Sonrío para mí mismo, preguntándome si es siquiera consciente de lo frecuentemente que alterna entre ambos roles.

Niego con la cabeza.

—No. ese razonamiento es erróneo. Nuestros hijos han sido creados para la guerra: nosotros no les hemos enseñado eso. Lo que hacen en nuestro nombre, y en el nombre de nuestro Padre, lo hacen por obediencia, deber y honor. Los empleamos como herramientas para lograr nuestros fines, pero les enseñamos muy poco.

—¿Y qué más podrían ser, más que lo que son?

—Si fuéramos mejores mentores, quizá seríamos capaces de ayudar a Perturabo a aceptar su lugar o serenar la mente de Lorgar. Podríamos centrar a Angron y

equilibrar a Curze. Nuestras limitaciones como padres se ven doblemente reflejadas en nuestros fallos como hermanos.

—No —la voz de Horus es firme como el hierro, su juicio tajante—. Cada uno tenemos un papel que desempeñar. El Emperador lo sabía y nos hizo así. Cada uno de nosotros somos la espada o el escudo que Él necesita que seamos.

—¿Y qué hay del guerrero que debe portar tanto escudo como espada en combate?

—No puedes juzgar el arma, hermano, sino cómo se usa.

—Más a mi favor: cada uno de nosotros sólo sabe usar su poder de una manera.

Entonces Horus se dirige hacia mí de la manera en la que yo hablo a mis propios capitanes: con cualquier sentimiento fraternal escondido tras la máscara de la resolución y la responsabilidad.

—¿Qué es lo que te preocupa, Sanguinius?

—Nada —miento.

No le cuento nada de mis visiones, nada del Palacio del Emperador ardiendo en un fuego antinatural. No le hablo de mis pesadillas, ni del miedo a que mi legión de ahogue en su propia sangre maldita. ¿Qué puedo decir? No puedo siquiera imaginar un enemigo que pueda amenazar a la sagrada Terra, ni un catalizador que pueda arrastrar a todos mis hijos a la locura.

De todos mis hermanos, esperaba poder compartir mis dudas con Horus. El sentimiento inmediato de aislamiento le roba la fuerza a mi voz.

—Sólo era un pensamiento pasajero.

Me doy la vuelta y salgo de la cámara.

El recuerdo de esa visión me persigue. Es una advertencia contra nuestras limitaciones, una admonición sobre los peligros de confiar sólo en la mayor fuerza de uno mismo. Mi visión habla de mis hijos, y de sus fracasos. En la última Tempestad de los Ángeles —un duelo ritual venido de la antigua tradición de Baal— intenté enseñar a mis hijos más polares algo de equilibrio. Y allí, en el centro del círculo de duelo, donde se renuncia a todo y no queda más que la vida y la muerte, mi enseñanza se perdió.

Suspiro.

El verdadero aprendizaje sólo ocurre cuando las consecuencias nos fuerzan al cambio, pues somos criaturas egoístas y nos aferramos a nuestras creencias como los reyes depuestos se aferran a las cenizas de sus reinos caídos.

Éste es un aforismo que escuché en mi niñez, un dicho recibido de los primeros ancianos. Las palabras arden en mis vísceras. La ira vuelve puños mis manos. Amit y Azkaellon: mi espada y mi escudo. Bajo las armas de los hijos de mis hermanos, haré que aprendan a ser algo más de lo que son.

Antes de la siguiente Tempestad, les enseñaré la virtud de esta lección.

Azkaellon

Siempre llueve en Henvinka. Un planeta entero sometido a un aguacero incesante, sus continentes convertidos en unas masas borrosas, sus mares abismos asolados por las tormentas. El enemigo se esconde en el núcleo del planeta. Mañana, nuestras compañías descenderán a las profundidades de la tierra para llevarles la justicia del Emperador. Esta noche nos encontramos sobre una plataforma de acero y adamantio, la estructura que nos protege de las peligrosas olas.

Me quito el casco y noto la lluvia sobre la piel. En un momento mi pelo está empapado, pegado a mi cráneo.

—¿Dónde está el resto de tus guerreros, Azkaellon?

Mi oponente hace un gesto hacia los cinco guardias sanguinarios que me han acompañado. Lucius, el mejor maestro de espada de la III Legión. Sus rasgos son nobles, patricios. Incluso golpeado por la tormenta, su pelo dando latigazos bajo la fuerza del viento, parece como si hubiera nacido para estar aquí. No obstante, la mueca de su cara arruina cualquier belleza que pudiera poseer.

—No necesito una audiencia tan grande como la tuya —replico, indicando a los miles de legionarios de los Hijos del Emperador que permanecen en filas apretadas en el lado de la plataforma de Lucius.

Sonríe; es un gesto cruel que no contiene calidez alguna.

—Vuestras compañías oirán de tu derrota, estén presentes o no.

La confianza de Lucius no carece de fundamento. No tiene una sola cicatriz en la cara, algo raro en un marine espacial, mucho más en uno que se ha batido en cientos de duelos.

Lo observo con cuidado.

—Sólo un necio cuenta las batallas aún por librar entre las victorias.

Mi apreciación hace que Lucius frunza el ceño.

—Quizá. Imagino que cabe la posibilidad de que los que son inferiores a mí tengan un buen día —da un paso adelante, con un contoneo casual al andar, mientras desenvaina—. Desafortunadamente, ángel, éste no será uno de los tuyos.

La factura de su arma es exquisita. La esbelta espada larga tiene una empuñadura encordada más larga de lo que me esperaba por la longitud de la hoja. Lucius me descubre estudiándola y sonríe, alzando su punta con un floreo.

—Es una antigüedad. La longitud de la empuñadura me permite alternar entre agarres —dice mientras me lo demuestra, blandiéndola alternativamente a una y dos manos.

Ahora soy yo quien frunce el ceño. En medio de una legión de perfeccionistas, Lucius es un narcisista.

Golpea con la empuñadura contra el escudo de combate fijado a su avambrazo.

—Ahora, si estás listo, comencemos.

Desenvaino mi arma, un sable de hoja ancha del mismo color bronce y oro de mi armadura.

—Primera sangre —digo.

—Como quieras. Primera sangre.

Lucius ejecuta la caricatura de una reverencia y comienza a andar en círculo frente a mí. Se pavonea moviéndose con un aire de indiferencia. Actúa para la multitud, burlándose de mí mientras se intercambia la espada de una mano a otra, mientras alterna su mirada entre la adulante multitud de hijos del Emperador y su aparentemente olvidado oponente.

Pero como he dicho, sólo actúa. A pesar de la pose, no da un solo paso en falso, nunca se adentra más de un palmo en mi radio de acción y nunca sin su hoja entre ambos.

Para Lucius, esto no es ningún juego.

Mantengo mi posición. No me apresuro. A diferencia de mis hermanos, no soy propenso a sus ataques de… ira entusiasta. He interiorizado la paciencia necesaria para defender a mi padre, un ser que es obvio que nunca necesitará de mi espada para guardarlo. Con ella superaré también la soberbia de Lucius.

Transcurren diez latidos más.

Los Hijos del Emperador empiezan a cansarse del punto muerto, su anterior jaleo reemplazado por el silencio del aburrimiento.

Los ojos de Lucius se entrecierran cuando percibe su desinterés.

—Había decidido permitirte la primera estocada, para darte una oportunidad antes de reclamar mi victoria, pero… —deja de moverse, y una sonrisa sardónica le recorre la cara— sólo tenemos una noche.

Ataca.

Su espada es un destello en movimiento, toda su extensión poco más que un espectro incorpóreo; pero los impactos son, sin duda, reales. Mis apresuradas paradas sólo logran desviar los golpes de verdad importantes, los dirigidos a la piel expuesta de mi cara. Una docena de veces marca mi armadura. Con que me arranque una sola gota de sangre de la mejilla, el duelo habrá terminado.

Los Hijos del Emperador estallan en gritos de aprobación con cada nuevo alarde de técnica, comienzan a patear el suelo de acero al unísono, rítmicamente, en una serie de aplausos.

Lucius se aleja de mi radio de alcance.

—Me agrada ver que tienes algo de habilidad. Las victorias fáciles no me proporcionan placer alguno.

Finjo un momento de distracción concentrándome en mi respiración, simulando aspiraciones cortas y rápidas como si necesitara un momento de descanso. Lucius

muerde el anzuelo. Me ataca como si quisiera alcanzarme en la pierna que tengo adelantada. Pero se confía en exceso. Ignoro esa finta y paro la hoja que inmediatamente asciende hacia mi cara. Contraataco, agarrando mi propia espada con ambas manos y cruzando un tajo hacia su abdomen. No tiene espacio suficiente para bloquear, por lo que se gira sobre sí mismo adentrándose en mi propio movimiento, esquivando mi ataque y cubriéndose con el escudo: mi hoja tiembla al impactar en su defensa, dejo una profunda marca sobre la superficie de metal. Pivoto sobre mis tobillos, invirtiendo mi agarre y lanzando una estocada de espaldas.

Nada.

No soy lo bastante rápido. Lucius ya está a salvo fuera de mi alcance.

—¡Eso es, démosles un espectáculo!

Abre los brazos para la multitud, pero entrecierra un poco más los ojos; bajo su engreído exterior, la sangre comienza a hervirle.

—Estoy cansado de escuchar tu voz —gruño—. Acabemos con esto en silencio.

Y entonces lo veo. La horrible y orgullosa furia que crepita bajo esa fría apariencia del maestro de espada.

Lucius traza un molinete con su arma, y otra sonrisa vacía recorre sus mejillas.

—Tú y yo no estamos en guerra, ¿por qué no disfrutar estos momentos?

—Puedo ver en tu interior, Lucius —su cara se vuelve pétrea, una oleada de ira deforma el contorno de sus ojos—. Tu despreocupación no es más que un puñal escondido entre seda. Me recuerdas a mi hermano Amit. Su agresividad es tan profunda como la tuya, pero al menos él tiene el valor de aceptarla.

—¿El Desgarrador? —escupe Lucius—. ¡No me parezco en nada a él!

Ignoro la protesta de Lucius. *Valor*. Me sorprender haber dicho algo así al referirme al temperamento de Amit. Y pienso en que mi hermano no habría aguantado todo este baile. Sonrío al imaginarlo luchando en este duelo, machacando la cara de Lucius. Casi puedo oír el sonido de su cráneo al fracturarse bajo sus puños blindados. Los golpes como mazazos parecen resonar en mi mente y mis corazones se aceleran como en un eco…

Lucius habla de nuevo, pero no puedo escuchar nada más allá del ruido de mi propio pecho. Defensa, estrategia, honor: todo palidece como susurros bajo el rugido de mi rabia ascendente.

La boca de Lucius vuelve a abrirse. Respondo con un gruñido inarticulado.

Ataca, pero esta vez me he movido antes. Cargo hacia él con mi espada enarbolada por encima de la cabeza. Me bloquea con una patada, pero sigo avanzando. Lanzo un amplio corte horizontal, seguido de su reverso. Mi súbita furia lo coge desprevenido. Consigue mantener su defensa, pero tarda en abandonar su posición y eso me permite entrar en el cuerpo a cuerpo.

Soy más grande que él. Más fuerte. Es mi oportunidad.

Dejo caer mi espada y agarro la guarda de la suya con ambas manos. Tirando de él hacia mí, le propino un potente cabezazo. Pero Lucius es lo bastante rápido como para bajar la cabeza, y aprieto los dientes cuando mi frente golpea el denso hueso de la suya. Gruñendo de esfuerzo, hago palanca con la cadera y lo arrojo varios metros sobre el suelo de la plataforma.

—¡Esto no es una pelea a puñetazos! —la voz de Lucius todavía mantiene su tono de frivolidad, pero sus ojos arden con indignación mientras se pone en pie—. «Primera sangre» significa el primer corte con una hoja. No alcanzarás la victoria a golpes.

Avanzo hacia él.

—¿No has olvidado algo, ángel? —Lucius me dirige una mueca mientras hace un gesto con la punta de su espada hacia mis manos.

Al bajar la mirada, las encuentro vacías. Maldita será mi rabia, he dejado mi arma atrás en el suelo. En este momento siento respeto por el sendero que sigue Amit en la guerra. Es más difícil de lo que imaginaba dejar escapar el control y a la vez seguir siendo capaz de dirigir las propias acciones.

—Este duelo ha terminado —dice Lucius con burla.

Sigo avanzando.

—¿Entonces por qué das un paso atrás, espadachín?

Una mirada de confusión atraviesa brevemente su cara, pero sigue clavando sus ojos en mí. Sabía que lo haría. Tiene bastante experiencia como para no caer en una trampa tan vieja. Pero si hubiera mirado por encima de su hombro, se habría dado cuenta lo cerca del borde de la plataforma que ha llegado.

Mis palabras han cumplido con su cometido. Un único instante de duda en la mente de Lucius, el instante en el que su instinto le ha hecho retroceder en lugar de avanzar, es todo lo que necesito.

Me arrojo sobre él.

Noto algo que me corta la mejilla antes de impactar contra él. Mi impulso nos precipita sobre el borde. Caemos juntos, mis brazos alrededor de su cintura. Gritos y carcajadas nos siguen desde la plataforma: son los hijos del emperador burlándose del error de su campeón.

—¡Has perdido!

Su voz es una súplica desesperada contra la velocidad de nuestro descenso.

—Lo sé.

Sonrío y abro los brazos. Nos separamos el uno del otro. Cierro los ojos y saboreo la calma que me proporciona el tacto de la lluvia que me sigue en mi caída hacia el mar.

Lucius ha ganado el duelo, pero esa no era la victoria que buscaba. La admiración y la adoración de sus hermanos guerreros era el premio por el que estaba luchando. Para cuando nos rescaten, la herida en mi cara habrá sanado y el momento de su triunfo habrá pasado. Su victoria de hoy, como todo lo demás aquí, se la habrá llevado el océano de Henvinka.

Amit

Hemos ganado. Hemos masacrado al enemigo y devuelto otro mundo al Emperador. Me crujo el cuello y muevo los hombros en círculos para relajarlos. A mí, sin embargo, me queda una pelea más.

Me agacho bajo un arco natural y sigo avanzando por la fosa que recorre esta zona rocosa.

Si este planeta tiene un nombre, nunca nos hemos preocupado por aprenderlo. Esa tarea la dejamos para aquellos cuyas ocupaciones no son tan sangrientas como las nuestras. Nosotros lo hemos llamado Solar, un nombre muy apropiado, su paisaje ondulante cocido bajo el brillo opresivo de cuatro soles.

Sigo la zanja seis pasos más. El corredor natural se estrecha a veces por los pedazos de roca irregulares que sobresalen de sus paredes. Las piedras afiladas arañan las guardas de mis hombros, aunque al forzar mi masa blindada las trituro. El espacio al que llego es casi circular, un foso poco profundo al pie de la montaña.

Khârn me estaba esperando.

Tras él, un devorador de mundos, su armadura blanca abollada y perforada, se aleja cojeando hasta la boca de otro túnel. Khârn sigue mi mirada.

—Un calentamiento.

Sonríe, pero ese es un gesto hueco, algo con el que llenar el vacío entre los temblores de los dedos y los parpadeos de rabia de sus ojos.

Su voz es un ronquido gutural.

—Sólo para alejar la sangre de mis oídos mientras esperaba.

Tiene razón. Llego tarde.

—No he podido evitarlo —digo sosteniendo la mirada de Khârn sin disculparme—. El sargento Barakiel exigía el honor de este duelo. Le debía una oportunidad de luchar por ello.

—Lo que tú digas — Khârn habla sin ninguna amenaza en la voz—. Sabía que al final seríamos tú y yo los que estaríamos aquí.

Compartimos un vínculo más allá de este momento. Por orden de mi primarca, hemos peleado el uno contra el otro en los pozos de gladiadores del *Conquistador*, incluso en los meses en los que hemos luchado en la guerra de este mundo hombro con hombro. Hemos matado el mismo enemigo y hemos sangrado sobre la misma tierra. Me veo a mí mismo reflejado en el negro de sus ojos, y me he visto forzado a admitir que hay algo más. Cada uno hemos presenciado el ansia de sangre del otro, hemos sido testigos de esa furia que nos roba todo lo demás. A decir verdad, ha habido días en los que, si no hubiera sido por el color de la servoarmadura, habría

sido difícil diferenciarnos. Incluso en este momento ambos permanecemos en pie con la misma inquietud: somos extraños a la paz, somos adictos al afilado abrazo de la violencia.

—Puede que éste sea el último campo de batalla que compartamos —digo—. No cedería esta oportunidad de medirme contra un oponente de tu talla una vez más.

Khârn sonríe mostrando los dientes.

—Son pocos los guerreros que me buscan intencionadamente.

Por encima de nuestras cabezas las laderas de la montaña están completamente desiertas. Esta pelea es entre nosotros, *es sólo*para nosotros. Ni mis ángeles sangrientos ni los devoradores de mundos de Khârn la presenciarán.

—Es un final muy apropiado para lo que hemos pasado aquí —digo, aunque aprieto los labios con cierto desprecio—. Pero aquí no hay honor alguno. Éste no es un combate real.

Khârn sonríe. Como yo, sabe que es tan real como el sudor que le empapa la frente.

—No me decepciones, Desgarrador.

Desgarrador.

Es extraño que alguien se dirija a mí con ese nombre fuera de mi legión. Soy un ángel sangriento, un capitán. Mi nombre es Amit, y aún así —como todos los demás títulos—, me parece menos apropiado que «Desgarrador».

—Y no, esto no es un combate —continúa—. Así que forjemos nuestro propio honor, tú y yo. Permanezcamos aquí en carne y hueso. Luchemos como guerreros, no como símbolos.

Se golpea el pecho con un puño.

Asiento.

No pronunciamos una palabra mientras nos desnudamos hasta no quedarnos más que con unos calzones, revelando las cicatrices que nos recorren el torso como gruesas cuerdas.

—Hasta que sólo uno quede en pie —digo finalmente, mis ojos fijos en Khârn.

—Muy bien.

Asiente y extiende la mano. Doy un paso adelante y nos agarramos los antebrazos en un saludo de luchadores. Pelearemos hasta que uno de los dos no pueda levantarse.

—Veamos qué sangre es la más fuerte, la del Ángel o la del Carnicero.

La cara de Khârn se contrae de furor a la vez que siento que mis dos corazones comienzan a latir más deprisa.

Nos acercamos juntos al armero que hay en uno de los lados del pozo, erizado de espadas y armas de asta. Bastas porras descansan junto a mayales de púas. Hay katares, broqueles y más. Elijo una tajadera corta; su filo mellado es casi romo, su hoja ancha y pesada. No cortará ni sajará. Romperá hueso y desgarrará carne.

—Buena elección —susurra Khârn mientras escoge un hacha y un martillo—, mucho mejor que la espada con la que tu hermano Azkaellon una vez luchó contra mí.

Reprimo una sonrisa de superioridad ante la comparación.

—No creo que nunca encuentres algo en lo que mi hermano y yo nos parezcamos —digo mientras me enrollo una cadena dentada alrededor del puño izquierdo—. Esta pelea no va a ser a la distancia de la hoja de una espada.

—Sí. Va a ser dolorosa y sangrienta.

Armados, no colocamos a cinco pasos el uno del otro.

Lo único que veo es a Khârn.

El aullido del viento que araña el valle de roca desaparece bajo el rugido de la sangre en mis músculos. La fuerza con la que agarro mis armas hace que los nudillos se me queden blancos. Me inclino hacia adelante. Imagino los primeros movimientos cuando choquemos en uno contra el otro, mi hoja bloqueando el hacha de Khârn para intentar machacarle luego los brazos. Veo su cara desmenuzarse a medida que mis puños se estrellan contra ella. Quiero golpearlo una y otra vez. Oigo cómo laten mis corazones y cómo sus huesos se parten. Veo a Khârn roto, nada más.

Deja escapar un rugido y carga contra mí. Como un eco, mi grito parece desgarrarme la garganta en el instante en que salto adelante. Su hacha está sobre mí, levanto mi tajadera para impedir que me la hunda en el cráneo. Las armas resuenan al entrechocar, y un latigazo de dolor reverberante me recorre el brazo. La fuerza de Khârn es feroz. Lo empujo y veo que descarga el martillo hacia mi muslo. Aprieto los dientes cuando paro el golpe haciendo chocar nuestros antebrazos. Le hago una llave alrededor del codo, y dejo caer mi arma para lanzarle un codazo a la mandíbula. Rápidamente alza el brazo para defenderse, gruñendo en el momento en el que lo golpeo en el bíceps.

Con las armas ya olvidadas, somos un nudo de miembros que luchan por la supremacía.

Su cabeza golpea mi nariz y la sangre me llena la boca.

Mi puño alcanza sus costillas. El hueso se rompe.

Sus dientes se clavan en mi hombro.

Mi cabeza le fisura la mandíbula.

Ninguno cedemos terreno, sufrimos la incesante lluvia de golpes del otro. Somos un caos de sangre, sudor y saliva.

—Te estás conteniendo —me escupe Khârn—. Dámelo todo.

—Igual que tú —digo justo antes de lanzarle el codo a la mejilla.

—Debo hacerlo —su puño me cierra el ojo derecho—. Una vez que los clavos del carnicero me poseen, me pierdo hasta que se sacian —acerca mi cabeza a su boca, su voz es un susurro empapado de sangre —. Y nunca se sacian.

—La auténtica furia no se puede fabricar. Está en la sangre.

Eso digo. Pero en ese preciso instante veo la mirada de Khârn, y sé que me equivoco. Con toda su crueldad, mi rabia es parte de mí; la de Khârn ha sido forzada en su interior, es un insulto contra su carne. Su mente no estaba preparada para tratar con algo así.

Entonces veo a Khârn perdido en los clavos. Lo veo en cómo babea, en el movimiento frenético de los ojos que parecen querer salirse de sus cuencas.

Mi pierna izquierda cede cuando Khârn me machaca el muslo con su espinilla. Me golpea otra vez, y el dolor es como una llamarada que me alcanza hasta la cadera. Rujo cuando consigo conectar un puñetazo en su garganta. El golpe me da algo de tiempo, entre el dolor consigo empujarlo con el hombro y retrocedo para poder ponerme en pie.

—Has… perdido… —la boca de Khârn es una horrenda mueca de desprecio mientras avanza hacia mí—. No se puede… retroceder… Siempre hay que atacar…

Me tambaleo cuando estrella su puño en mi oído.

Tiene razón. La lucha está a su favor.

Me cubro lo mejor que puedo contra una serie brutal de puñetazos y patadas. Mis brazos arden por el precio que estoy pagando por esta defensa; sé que en algún momento me quedaré sin fuerzas y que Khârn me partirá el cráneo. Su boca está abierta, cuelga en un gruñido que no puedo oír. Su grito se pierde en el rugido que hay en mi propia cabeza, empantanado en la bruma color sangre que se adensa tras mis ojos.

No. Esta no será la lucha que acabe conmigo.

La rodilla de Khârn se me clava en el abdomen, dejándome sin aire. Mi visión se empaña. La luz de los soles cae sobre mí, un opresivo brillo dorado, del mismo color que la servoarmadura de la Guardia Sanguinaria de Azkaellon. Saco fuerzas para sonreír ante ese pensamiento. Mi hermano nunca me ha vencido en combate, aunque sí ha sido capaz de sobrevivir a mis ataques más iracundos.

Me arrojo contra Khârn, recibiendo un puñetazo que casi me arranca la mandíbula, y le rodeo el cuello con las manos. Entonces se echa sobre mí, y nos desplomamos.

Khârn no deja de golpearme ni siquiera mientras caemos. Acaba arrodillado sobre mí, inmovilizándome el torso al suelo. Me cubro la cara con los brazos en una guardia desesperada. Me los machaca con los puños y los codos en un intento frenético por alcanzar mi cabeza. Descarga un golpe con cada latido de sus corazones. Grito de frustración, ahogando el instinto de golpearlo a mi vez. Si muevo los brazos ahora, estoy muerto. Me abrirá la cabeza contra la roca con la misma certeza con la que el sol cocerá mi sangre.

Espero mientras Khârn golpea una y otra y otra vez.

Su furia carece de coordinación. No alterna la derecha con la izquierda para economizar movimientos. Un derechazo sigue a un derechazo y a otro. El intervalo entre ellos se va dilatando a medida que se le cansa el brazo.

Khârn ataca. Yo espero.

Otro golpe. Más dolor. Espero.

Un torrente de maldiciones rasgan la garganta de Khârn. Golpea otra vez. Espero.

Golpea.

Contraataco.

Con el brazo izquierdo le hago una llave en su derecho y se lo inmovilizo, a la vez que empujo hacia arriba con toda mi masa. Rodamos uno sobre el otro, pero esta vez al final yo estoy sobre él. Khârn ni siquiera ha registrado el cambio de posición cuando veo mi oportunidad.

Lo golpeo. El impacto le fractura el pómulo y me rompe los dedos, y también deja un charco de sangre sobre la roca bajo su cráneo. Me dejo caer con todo mi peso sobre el codo que le hundo en la cara. Noto más huesos que se rompen. Ignoro el dolor de mis costillas que florece bajo la andanada de salvajes puñetazos que me propina en respuesta, y le agarro la cabeza con ambas manos. Con un gruñido, se la golpeo contra el suelo.

Khârn se queda inmóvil. Yo me desplomo a su lado.

Oigo el furor de mi sangre como un oleaje distante. Me urge a ponerme en pie. No puedo. Una palabra cae de mis labios.

—Empate.

Una carcajada cruel escapa de la garganta de Khârn.

—No puede… ser. Nuestra pelea… no ha acabado.

—Por hoy sí.

—Acábala.

Lo ignoro y cierro los ojos.

Lo único que veo es a Khârn. Y el devorador de mundos tiene mi cara.

La Tempestad

Es el noveno día del noveno mes. La Tempestad de los Ángeles. Permanezco en el centro del círculo de duelo esperando a mis hijos. Ha pasado un año desde la última vez que vi a Azkaellon y a Amit, desde que los envié a enfrentarse con Lucius y Khârn. Alzo la mirada hacia las estatuas gemelas del Emperador que franquean la entrada principal. Entre ellas luce una única vela de color sangre. La columna de cera casi se ha derretido completamente. Cuando se haya consumido por completo, la Tempestad comenzará.

Durante cien latidos de mi pecho veo la llama. Permanece firme en el aire quieto de la sala. Sólo tiembla un instante al final. La veo parpadear y atenuarse. Otro instante y se consumirá. Será en ese preciso momento cuando arda más intensamente.

Entonces mis pensamientos vuelven a mis hijos, y mi humor se oscurece igual que lo ha hecho la luz de la vela. Pienso en mis ángeles y en la furia con la que llevan la guerra a las estrellas. Me pregunto por cuánto ese fuego los mantendrá a salvo de la oscuridad en su sangre. La presciencia parece robarme las fuerzas cuando me represento las horas finales de mis hijos y la terrible pérdida que ese momento conllevará.

—Lord Sanguinius.

La potente voz de Amit me saca de mi ensueño. Me recuerdo a mí mismo que la llama aún arde, que el destino de mi línea de sangre aún ha de desplegarse, que si voy a ser algo más que un observador pasivo debo concentrarme en guiarlos.

Me giro y lo encuentro bajo el arco oriental, un marco rasgado de bronce oscuro y hierro dentado. No se inclina ni saluda, porque no hay honor en este lugar, sólo vida y muerte y el momento que es el pasaje de la una a la otra. Ha venido como el Buscador de Sangre. El atacante, el destructor. Un papel para el que nunca he dudado que ha nacido.

Suspiro.

—Lord Sanguinius.

La voz de Azkaellon me llega desde el lado opuesto de la cámara. No me giro para recibirlo. Se presenta como el Salvador. Mi defensor.

Noto la rabia que me recorre a la vez que siento el pesar en mi corazón.

He fallado. No han aprendido la lección.

Han venido a luchar en los mismos papeles de siempre.

Espero, inmóvil, mientras entran en el círculo de duelo y desenvainan sus espadas. Asiento para que comiencen, y cierro los ojos. No quiero ver la misma danza otra vez.

Apenas soy consciente de sus acciones mientras luchan a mi alrededor. Azkaellon nunca permite que la hoja de Amit me alcance, y el Desgarrador nunca deja de intentarlo. Mi mente comienza a vagar, a deslizarse por las hebras de los pensamientos, hasta…

El familiar entrechocar del acero baalita, el ruido de fondo de la Tempestad que he escuchado durante tantos años, cambia. Hay algo diferente en su tempo esta vez, algo en la cadencia de la lucha.

Abro los ojos y veo a Amit con la guardia errónea, su ataque desbaratado por el salvaje contraataque de Azkaellon. Oculto mi sonrisa cuando éste presiona esa ventaja, cada tajo de su espada más furioso que el anterior. Amit se mantiene firme, bloqueando los golpes de mi guardián hasta que encuentra una apertura. La estocada del Desgarrador es exacta. Azkaellon sólo la detiene en el último momento antes de que alcance mi abdomen.

Ahora los observo con interés.

La ruptura con el ritmo normal del enfrentamiento entre ambos se desvanece, y cada uno vuelve a su posición natural en los siguientes golpes. Amit ataca con una agresividad pura, sacrificando su guardia en favor de una ocasión de victoria. Azkaellon recupera su compostura y golpea con medida, reacio a arriesgar su posición por un golpe definitivo. Aun así, mientras el duelo continúa hay más momentos en los que el tempo se altera de nuevo, y en cada uno creo ver una chispa del otro.

Estaba equivocado al pensar que estos dos intercambiarían sus roles. Horus tenía razón: somos quienes somos.

Pero podemos ser templados. Nuestras carencias pueden pulirse con las virtudes de nuestros hermanos. Entonces siento la esperanza como un tercer corazón que latiera lentamente en mi pecho, esperando el momento en que pueda impulsar mi sangre con más euforia, bombearla en un glorioso futuro por mis venas.

He visto demasiados de los posibles finales como para creer que esa es la gloria que me espera a mí y a mi linaje. Y sin embargo, el peso de lo que creía una certeza ya no es tan aplastante. Albergo la esperanza de que el día en que uno de mis hijos caiga bajo la oscuridad de su sangre, las virtudes de los que permanezcan a su lado lo mantendrán en la luz.

FIN DEL RELATO